

Mariano Latorre

Uly



**Colección de Libros Electrónicos de la
Facultad de Ciencias Sociales
Serie Literatura Chilena**

Mariano Latorre: Ully

Colección de Libros Electrónicos - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Chile

UNIVERSIDAD DE CHILE FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Colección de Libros Electrónicos Serie: Literatura Chilena

Diagramación y Diseño: Oscar E. Aguilera F.

Programa de Comunicación e Informática © 1998

Esta versión electrónica se ha publicado con fines educacionales y de difusión de la literatura chilena. Se prohíbe su venta o cualquier tipo de comercialización. Se autoriza su reproducción con fines educacionales previa solicitud de permiso de la Facultad de Ciencias Sociales. Contactarse con editor oaguiler@abello.dic.uchile.cl

ULLY

I

Una ráfaga de viento helado, viento del alba que venía del inmenso lago dormido en sus orillas oscuras, movió el estor a medio correr de una de las ventanas, hinchó como una vela las blancas cortinas de gasa y removió el aire pesado del dormitorio.

Emilio Labarga, al sentir la fría caricia del amanecer, se levantó sobreexcitado, como si una desgracia hubiera caído de pronto sobre la casa. Su cuerpo se hundía en el cómodo lecho de lingue, suave y cálido como un nido. Cama de país frío, amplia y abrigadora.

Reinaba aun, dentro de la casa y afuera, en el campo, un profundo silencio. Sólo el estor golpeábase suavemente en el marco de la ventana y a cada movimiento una bocanada de la claridad gris hacía brillar las murallas pintadas de blanco. Sintió de pronto, pesadamente, en sus narices, el olor aceitoso de los colores. Los cartones pintados el día anterior secábanse, apoyados en la repisa del zócalo de listones paralelos que rodeaba la habitación.

Recordó que se había levantado con la obsesión del alba austral y que por esa causa no había corrido el estor de la ventana que daba al lago. Echó hacia atrás la blanca cobija de plumas de ganso que en las casas alemanas reemplaza a las frazadas y corrió hacia la ventana.

El alba prolongábase en un largo bostezo sobre la plata sombría del lago y sobre la masa oscura del Osorno, cuyo cono nevado se confundía con el cielo acuoso y límpido, tan quieto como el lago en que se espejaba. Un lingue en la ribera y frente a la ventana, borroneaba con su ramazón recargada de tinta aquella claridad inmóvil. Del mar, bordeando los flancos de los cerros, acercábase un rebaño de nubes grises que corrían desbocadas hacia la otra ribera de la laguna.

Una oleada brusca de viento lo hizo estremecerse de frío. Volvió de nuevo al calor del lecho, acurrucándose entre las sábanas con verdadero placer. Por el hueco de la ventana seguía el rápido desfile de las nieblas.

Los recuerdos comenzaron a precisarse nítidamente. Sentíase con una rara sensación de encogimiento en esta casa germana de una aldea del lago Llanquihue, a la que había llegado sólo el día anterior, con su caja de pintar al brazo y un par de calcetines de repuesto en el bolsillo de su pantalón de montar. Sonrióse ante la audacia de aceptar una

invitación de un compañero de viaje, un muchachón ingenuo que escuchó benévola-mente su charla chispeante, saltarina, invitándolo a pintar a la orilla del Llanquihue. Una sonrisa amarga apareció en el rostro del joven pintor.

No había venido al sur, como le había dicho a su compañero de viaje, a inspirarse en los azules cielos australes, en la quietud de laguna de los grandes ríos, en la muralla imponente de la selva virgen. No, debía confesarse a sí mismo con amargura que la vida en la capital se le había hecho insoportable. Por un lado, el fracaso de una pequeña exposición abierta con un compañero en la sala de un diario santiaguino, sus mejores telas enajenadas a precios irrisorios y, por otro, la angustia de una vida sin horizonte, de un vínculo de tristeza, de incompreensión que sólo la inexperiencia romántica de sus veinte años lo había hecho indisoluble. A este recuerdo, cambió desazonado su posición en el lecho. Le pareció ver el cuarto sucio, donde se amontonaban las camas con sus colchas de blancura dudosa. La figura alta de su mujer, su gesto lento de resignada y la alborotadora alegría de su chico mayor, con sus grandes y rasgados ojos. Una incontenible oleada de ternura hinchó su pecho y humedeció sus ojos, pero su carácter era ligero, tornadizo. Las emociones buenas o malas no profundizaban mucho en su naturaleza copiosa, bullidora, de latino. Recordó ahora su llegada a la casa, en la tarde del día anterior. Su corazón palpitaba estúpidamente ante la puerta cerrada. Tras las cortinas albas de las ventanas no se presentía asomo de vida. Golpeó con timidez y en vista de la demora, concibió la sospecha de que la familia no estaba en la casa. De pronto, lo asaltó una duda. Dejó su caja en el suelo y volvió a leer el telegrama de su amigo, de cuyo rostro apenas se acordaba. «Buen tiempo. Cordillera despejada. Puede venir». Volvió a tranquilizarse. Golpeó ahora con más energía.

El galope de un caballo resonó en la tarde. Emilio vio pasar un colono, de barbas rubias, en un caballo blanco, de anchas y redondas grupas. Todos los caballos que había visto eran como ése. El pingo del valle central no existía, como en el caserío blanco no existía el rancho de totora de las aldeas coloniales. Era verdaderamente amable, invitadora, la vivienda, ante la cual golpeaba como un peregrino, con las rojas tejuelas de su techo y la limpia serenidad de sus ventanas, en cuyos vidrios de sombra brillante veía dibujarse su figura, con su chambergo y sus pantalones de montar. Del pequeño jardín llegaba el aroma picante de los manzanillones. Todo era quieto, silencioso, envuelto en la frescura dorada del atardecer: el limpio caserío, prolongado en una sola calle a la orilla del lago, el sueño azul de las dormidas aguas, al pie de las moles violadas de las cordilleras que erguían con armonioso equilibrio sus cabezas blancas en el cielo levemente verdoso. El sosiego de una vida sin inquietudes perdíase en el aire como un vaho idílico.

La puerta se abrió en ese instante. Una muchacha alta, de formidable carnadura, se sonrió al verlo. Notó en ella una ingenua alegría y una deliciosa turbación.

A pesar de su corpachón desarrollado, abundante, había en ella una agilidad de movimientos que hablaba claramente de su infantilidad.

Lo invitó a pasar a una salita, cuya puerta se adelantó a empujar.

—Voy a buscar a Carlos —dijo, y salió precipitadamente.

Sentóse con timidez, dejando sin ruido su caja de pinturas en la mesita de centro. La impresión del interior era cálida, acogedora. El piso, recientemente encerado, relucía como un espejo. Notó en uno de sus zapatos una gran pella de barro, adherida en la calle, donde aún se endurecía el lodo que formaron los chubascos recientes.

Se levantó con sigilo, como el que va a cometer una mala acción y restregó el borde de su zapato en la hoja de la puerta. Sonrióse a este recuerdo. ¡Qué chileno!, pensó, sin darse cuenta de lo que significaba esta exclamación, aunque ella lo explicase todo, sin embargo. La niña volvió a los pocos instantes. Le parecía oír su acento aniñado, tan particular en los alemanes cuando hablan el castellano.

—Va a dispensar a Carlos, porque no está en la casa.

Y se ve, risueño, haciendo reverencias obsequiosas a la robusta niña que desaparece precipitadamente, tropezando en el umbral, encendidas las redondas mejillas por incontenible rúbor. Afuera sintióse el grato rumor de risas contenidas. Se dedica entonces a observar los retratos y los cuadros. Hay dos fotografías desteñidas, en óvalos negros, enteramente iguales. Un vicio de espesas barbas y de cejas pobladas, dos dedos en la abierta levita del año treinta y una mujer de amplia frente y ojos hundidos. Una chaqueta de alto cuello le da un vago aspecto monástico. Deben ser los antecesores, piensa Emilio, los primeros que de Alemania llegaron al lago. Cree notar un vago parecido entre esas cejas adustas y las ingenuas pupilas de su amigo ocasional, el joven Stolze. Son los abuelos, no cabe duda. Viene a su memoria el libro de Pérez Rosales y los detalles de la colonización.

Sobre la puerta está la indispensable sentencia bíblica grabada al fuego, en una tabla de lingüe, y más abajo, un paisaje clásico de caza, el perro perdiguero que asoma entre unas cañas una cabeza de largas orejas y el pato que vuela asustado a ras del agua. Los patacones de pintura y la firma ingenua al pie, U. Stolze, lo hacen sonreír.

Aburrido, se acerca a la ventana. Se adormece quietamente el lago bajo el sedoso letargo del atardecer. Una pátina de luz levemente violada suaviza los tonos de la cordillera con

sus penachos blancos hundidos en la liviana transparencia del aire. Cruje la arenilla del jardín y unos pies se restriegan en el felpudo. La puerta se abre un poco más y su amigo de la víspera, Carlos Stolze, en el umbral, sonríe con su afectuosa sonrisa de hombre fuerte. Lleva en la mano su sombrero campesino. Emilio siente en ese momento un impulso de afectuosa sinceridad, un deseo tumultuoso de agradecer esa hospitalidad que se le ofrece. Se adelanta ágilmente, las manos alargadas.

—Aquí me tiene, Carlitos, dispuesto a inmortalizar el lago en la tela.

No se ha dado cuenta exacta por qué lo ha llamado Carlitos, familiarmente. Tal vez para precipitar la confianza o por el deseo de demostrar a la familia que se conocen desde mucho antes. El joven sonríe con el mismo gesto reposado, como si le divirtiera esta gesticulación de su amigo, estos arranques a que él no está acostumbrado.

Se limita a mirar el lago a través de los claros vidrios de la ventana:

—Está bueno el tiempo . . . Puede ser que dure . . .

Hay un segundo de embarazoso silencio. Por el cerebro del pintor pasa en este segundo, sin embargo, un torrente de sensaciones. Nada ha hablado de alojamiento, de acompañarlo. En su bolsillo no hay sino dos miserables billetes de a diez. Sí, es una audacia presentarse en una casa, enviar telegramas apremiantes por una invitación que sólo pudo ser de cortesía y luego esa impecable serenidad, el egoísmo en que se encierran estos germanos. Alcanza a echar algunas maldiciones a la falta de afecto de las razas del norte, pero vuelve bruscamente la cabeza. Algo vaporoso, alado, remueve la pesada atmósfera. Una figurita blanca ha llenado con su gracia juvenil el ambiente de la sala. La niña avanza rápidamente hacia él, sin cortedad alguna. Sus piecitos apenas tocan el barnizado piso. Hay en la ágil movilidad de sus gestos una gracia armoniosa, una espontaneidad de vuelo que se inicia.

—Mi hermana Ully —dice Carlos Stolze.

Y Emilio se siente envuelto en ese perfume de vida, en la frescura que se exhala de la linda chiquitina, de los dulces ojos grises, ligeramente almendrados, bajo los arcos de las cejas que se alargan hacia la nariz, de la herida roja de la boca en el ovalo de su cara. Es el tipo refinado de la rubia como pocas se encuentran en la raza del sur.

Emilio se acomoda en el lecho a este recuerdo risueño, para evocar mejor la graciosa figurita, la jugosa frescura de manzana que hincha los modelados hombros, el matiz de oro pálido de su pelo, la línea fugaz de la recta pantorrilla, emergiendo del ruedo del albo

vestido de crepé, a cada movimiento. Es como un vado de vida desbordante la pequeña Ully nieta del sólido emigrante bávaro del que aparece en el óvalo desteñado, con dos dedos en la levita desabrochada, a la manera napoleónica.

—¡Ully, Ully, qué nombre tan bonito!

Se sorprende pronunciándolo en alta voz, con una entonación romántica que lo hace sonreír. No sé qué viejo matiz de leyenda medieval, de saga nebulosa le traen sus dos notas ágiles.

—U-lly, U-lly —repiten incansablemente sus labios y dentro, como un eco musical, resuenan también las dos sílabas del nombre.

Emilio decide levantarse. Mientras se lava recuerda un olvidado detalle en el rostro de Ully, la prolongación discreta de la naricita hacia adelante. Se contesta a sí mismo:

—Es el defecto más frecuente en los sajones, pero eso aliviana el rostro, le da una picardía que contrasta con la seriedad grave de sus pupilas.

Corre un poco más el estor y aparta la cortina. El alba gris se disuelve en la luz blanca del sol. La rápida fuga de las nubes plumizas se ha detenido. Sólo algunos jirones se alargan inverosímilmente entre los dientes agudos de los picachos, encendiéndose en los bordes. La pirámide oscura del Osorno, con su hermosa testa de nieve, se perfila serenamente en el fondo claro del cielo. Las montañas sombrías, las dormidas casas y las ramazones soñolientas de los lingues y coigües de las orillas, se espejan en la negrura brillante de las aguas inmóviles.

Se estremece a otro recuerdo. Están en el comedor de la familia. En un rincón, el viejo mueble donde se amontona la cristalería. Allí, junto a la puerta, reluce de limpia la monumental estufa de fierro cuya chimenea se hunde en el blanco techo barnizado. Sobre la puerta, el imprescindible bordado, con la sentencia moral, tal vez el principio de toda una generación, la orientación de una familia en el pasado y hacia el porvenir: *Es ist nicht gold mas glänzt*.

Está solo con su amigo que lo escucha risueño. La niña robusta, la hermana menor, sirve los platos. El se siente cada vez más cohibido. ¿Por qué no se ha presentado el padre ni la madre, ni la graciosa chiquitina que se llama Ully? ¿Es una manera de decirle que debe irse lo más pronto posible? Si, seguramente. Hay que irse... pero es tan agradable aquel rinconcito, aquella chimenea oscura que en los inviernos debe resplandecer con el vivo llamear de los leños, aquel viejo mueble donde blanquean los platos colocados de canto,

aquel trozo de mantequilla de blanda y sabrosa entraña de oro, bajo la campana de vidrio, el reposo turbio de la chicha de manzana en el jarro de loza, donde un pastorcillo en relieve arrea un grupo de ovejas lanudas.

Tras la puerta por donde acarrea los platos la niña, se oyen cuchicheos y risas contenidas, pero él come con apetito y habla por los codos. A veces la niña asombrada, detiene sus trajines y lo escucha. ¡Ea! ¡Sea lo que Dios quiera! ¡Ya esto no tiene remedio!

Al final de la comida saca un cigarrillo y le ofrece otro a Carlos Stolze. Con su voz ingenua, éste lo rechaza. Calurosamente le explica por qué no fuma:

—¿Sabe? Es que me seca la garganta.

Y Emilio sonríe. Tal vez a ese mozallón no se le permite fumar en la casa. Entra en ese instante un chiquitín. Es un chiquillo robusto, de sólida cabeza, de grandes ojos azules y redondos. Es un mocoso grave, imperturbable, que no parece tener esa vergüenza nativa de los chiquillos nuestros. Se coloca frente a él y no cesa de mirarlo con sus grandes ojos embobados. Emilio concluye por sentirse molesto de veras. Le pregunta en su alemán improvisado que hace reír:

—Heissen Sie?

Gravemente el mocoso responde:

—Edwin Stolze.

—¿Es primo suyo? —pregunta a Carlos.

—No, hermano, el menor.

El chiquillo responde, como si continuara una idea en su cerebro:

—Voy a ir a la escuela.

Esta simple respuesta, que llena todo el ánimo del niño, tranquiliza a Emilio. Por el momento se siente más cerca de él, como envuelto en una misma atmósfera. Hace una pregunta hipócritamente ingenua:

—¿Hay también escuelas aquí?

—Dos —le contesta la niña, que sirve un plato de coles humeantes, de salvaje olor—. La pública y la alemana.

—P’al lao de la iglesia está la escuela.

Luego han paseado por la aldea. No hay luz en las calles. Una sombra húmeda, impregnada del aliento del lago silencioso, flota sobre el caserío, pero las ventanas iluminadas de algunas casas encienden la noche con su luz inmóvil y limpia que hace pensar en la tibieza cómoda de los interiores; En el cielo negro hormigean las estrellas, con débil parpadeo. A veces ladra un perro, única nota que hace recordar las aldeas chilenas.

Vuelven a la casa. Nada ha dicho que se alojará en el chalet, pero le ofrece cortés el paso para entrar. Decididamente soy un aprensivo, piensa Emilio.

Y mientras subían a la habitación que las niñas han arreglado, hablaba alegrísimo, ansioso de que la noche transcurriese lo más pronto posible para estudiar el alba sobre el lago. Pedía detalles y mezclaba en su charla términos técnicos y nombres de escuelas de pintura. Había como un vago deseo de demostrar al anfitrión que sólo el amor por el arte le obligaba a aceptar su convite. ¡Qué hipócrita!, sorprendióse en alta voz, al mismo tiempo que una súbita vergüenza encendía sus mejillas.

Ya vestido, experimenta un raro temor de salir afuera. Se asoma a la otra ventana que da al campo. La casa, de dos pisos, está en el plano, al nivel del lago, como casi toda la aldea, pero en el patio mismo mueren las escárpas de la ondulada tierra austral, en cuyos flancos se encrespa el verdor intenso de los papales y se riza al aire el oro tostado de alguna sementera de trigo. La cinta roja de un camino se desenrolla en medio de esta ola verde y oro, tan frecuente en el panorama del sur. Por ahí avanza, con su clásica lentitud de paisaje, un grupo de vacas pelirrojas. Las arrea una muchacha rubia, ancha como un campesino. De uno de sus brazos desnudos y rojos cuelga un balde de madera. Junto a la casa hay un huerto de manzanos, en cuyo ramaje verde claro rojean las candelarias, veteadas de sangre o amarillea la esfera de oro de las reinetas. Algunos gansos, hundidos los cuellos de serpiente en el terciopelo húmedo del pasto, lanzan de vez en cuando su cornetazo estridente. Del oscuro maderamen de un molino salta el chorro albo del agua con alegre bullicio. Al pie de una quebrada, negra como un abismo, se yerguen los mástiles desgarrados de los tiques. El harapo de su copa se recorta en negro en la claridad del horizonte.

De pronto, este paisaje gris se ilumina de oro. Emilio comprende que el sol ha aparecido tras las montañas. Junto al molino reconoce las espaldas de su amigo Carlos Stolze. Mirando el agua que pasa por un cañón, elevado sobre la quebrada como un viaducto,

explica con gesto tranquilo, algo, a un viejo que esta a su lado. El viejo es más pequeño, de piernas chuecas. Una gruesa manta de Castilla cuelga de sus hombros.

—Debe ser el padre —piensa el pintor.

El aspecto áspero de este hombre lo hace estremecer. ¿Qué pensará el rudo colono de su intromisión súbita en el hogar? ¿Qué ideas se habrán cambiado en las confidencias de la familia a la llegada de su telegrama? Pero luego se tranquiliza. Si se le contestó afirmativamente, es natural que ha sido con el beneplácito del viejo. En caso contrario, no habrían contestado. Su condición de pintor lo ha de salvar de cualquiera suposición sospechosa.

Abandona rápidamente la ventana. Padre e hijo avanzan hacia la casa. A pesar de sus encorvadas espaldas, el paso del viejo es ágil y seguro. Una poblada barba destaca sus hebras grises sobre la manta oscura.

Aburrido, vuelve a mirar los dos cartones que ha llenado en la tarde anterior. Busca la luz favorable y sonrío satisfecho. Esas nubes levemente sonrosadas, detrás de las cordilleras azules, tienen calidad, decoran con gracia el paisaje del atardecer. Al bote tumbado a la orilla del lago, en el primer plano, le faltan algunos toques. Hay que dibujarlo más.

Por último, reflexiona. En estas casas de campo deben desayunarse temprano. Mejor será que baje a la calle. Así me hago presente. Se acerca a la puerta y la entreabre con cuidado, pero se detiene acto continuo colocándose detrás de la hoja. Unos piccitos menudos hacen crujir el barniz pegajoso de la escala y se acercan al dormitorio. Resueñan golpes discretos en la puerta y una voz fresca, en la que hay leves notas agudas, simpáticamente desentonadas, pregunta en alemán:

—Bitte zum Kafe, mein Herr?

Emilio abre la puerta. Ully está frente a él, el busto ligeramente inclinado. Su carita picaresca sonrío afectuosa, mientras sus ojos grises sueñan bajo el arco impecable de sus cejas levemente doradas. Es encantadora la blancura lechosa de su garganta que se hincha más abajo en mórbida curvatura y de grata pureza la línea firme de su pantorrilla de virgen.

No puede reprimir su admiración que se traduce en un encogimiento torpe. Una oleada enervante pasa por sus nervios. Ese fluido de gracia, de ingenuidad que se desprende de su juventud, lo envuelve de nuevo como en la tarde anterior.

¡Qué vulgar se imagina con sus polainas manchadas de barro y el viejo pantalón de montar. Sus ojos deben estar rojos de sueño! La voz de Ully, alegre, comunicativa, interroga:

—¿Entendió, no?

Con su pasito rápido, saltarín, se ha dirigido a la escala. Allí vuelve el rostro hacia el pintor como en demanda de una respuesta. Entonces, no más acuden a la memoria de Emilio los trozos de palabras alemanas asimiladas, para repetir precipitadamente:

—Danke schön, Fräulein.

Su vocecita contesta ahora desde el último tramo con un gracioso timbre desentonado:

—Bitte, mein Herr.



II

A la hora del desayuno ha conocido a toda la familia. Aspero es el exterior de don Germán Stolze, con su barba descuidada que trepa por las mejillas hasta cerca de los ojos risueños, bañados en bonachona franqueza, dentro de las cuencas oscuras. Cómica es la repetición del mismo concepto como si temiera que se escapase, para apoyar sus palabras y sus observaciones, impregnadas de la tierra donde ha nacido y donde morirá, de su bosque virgen, de sus cielos húmedos, de sus frescas yerbas. Es cómico, seguramente, su áspero castellano, envuelto en fonética alemana:

—Costó mucho el destronque... costó mucho el destronque . . . Aller Anfang ist schwer . . . Aller Anfang ist schwer. . .

Sus pequeños ojos, escondidos en la maraña gris de las cejas, miran el cuadro, sobre el dintel de la puerta.

Insignificante, casi fea, es la madre con su cara roja, inexpresiva y la fijeza desleída de sus grandes ojos redondos, bajo la protuberancia del enorme frontal; sin embargo, debió ser una mujer opulenta y rosada como Selma, la hija menor. Si, como la menor: la misma estatura, los mismos ojos. Eso sí, más resignados y fríos, pero en sus rasgos deshechos, de apelotonados pliegues, hay una bondad latente, un cansancio que la ennoblece. De aquellas manos rudas, moteadas de pecas amarillentas, parece brotar un poema de esfuerzo, en el gesto cansado con que dormitan sobre el blanco mantel de batista. Parecen decir: mi paciencia fue fecunda, pues por ella la tierra huraña se ha hecho acogedora y fructífera.

Aller Anfang ist schwer.

Diligentes, Ully y Selma llenan varias veces las tazas de café, según la costumbre germana, y reparten las tazas donde la nata amarillenta se espesa en dorados grumos de crema.

Siéntese ahora seguro de sí mismo. El encanto del momento ha borrado sus cavilaciones. Y alegre, gesticulador, rojas las mejillas y brillantes los ojos, al ver que se le escucha con esa deferencia de gente sencilla por un hombre superior, habla de la vida artística de la capital. Se da cuenta que esa vida es una novela pintoresca que brota al calor de la improvisación, pero las comparaciones a graciosas y las anécdotas de los pintores y literatos se suceden juguetonas y enlazadas entre sí como las carcajadas cristalinas de la corriente. Todo lo que ha soñado, como una compensación de lo que no tiene, de lo que no se ha de realizar, cobra en ese momento ante el ingenuo auditorio, una viva realidad. La casa pintoresca, rodeada de árboles sonoros, el mobiliario de estilo español con sus

decorativos sitiales y sus vargueños de nogal tallado, los paños indios clavados en los muros y tendidos en los divanes, los cuadros que tapizan todas las paredes en espera del millonario refinado que no regatea precios, el esplendor europeo de las exposiciones; pero súbitamente se calla. Como una oleada de angustia la realidad se presenta a sus ojos con definidos detalles, aunque extraordinariamente lejana: el aislamiento del artista en medio de un ambiente de indiferencia, de incomprensión. La monotonía de una vida sin horizonte, quieta, amodorrada en la tradición colonial, la miseria del cuartucho húmedo a donde llega el tamboreo de la remolienda en las vigilias y a la clara luz del día. No, no respiran las casas de la tierra esa intimidad cariñosa de la gran chimenea de fierro o de la grave sentencia que, en caracteres góticos, bordados por las mujeres de varias generaciones, hablan con la profundidad de un viejo pastor experimentado. No es igual el vaso de leche azulado y tísico a la crema dorada que se espesa en la taza ni es la misma aquella chiquitina de cabeza de oro, hinchada de vida, a la mujer flaca y mal humorada junto a la cual tiene que arrastrar el pesado grillete de la existencia.

—Yo no quiero a la gente santiaguina —observa bruscamente, con gesto desdeñoso, la hermana menor.

A Emilio le extraña esta antipatía. Pregunta cortesmente y no sin temor.

—Entonces, ¿ha estado usted en Santiago?

—No, pero conozco a la gente que pasa por aquí en los veranos, metiendo bulla como si estuvieran locos.

Ully se ríe y explica:

—Selma habla de los que pasan para el Mirador a Octay, todos los años . . . Un caballero tiene una casa ahí...

—Esa gente mira de un modo. . . Parece que quisieran reírse de una... Y reparan las palabras y se quedan parados delante de las casas. . .

—Mire, yo aprendí primero el alemán que el castellano —interrumpe Ully—, no es raro que lo hable mal... Y mi hermana mayor no lo sabe todavía —agrega risueña.

Emilio nota que hay en estas palabras, aunque dichas en tono jovial, como un deseo de justificarse. La hermana mayor no se atreve a presentarse antes las visitas chilenas, porque no sabe el castellano. Las razas, separadas en un comienzo por la diferencia de psicología, empiezan nuevamente a acercarse. El odio del chileno por el gringo enrique-

cido se ha cambiado en admiración, casi en concurrencia. El desprecio del germano por el nativo es ahora benevolencia, porque se explica la causa de esa apatía y desorientación.

El viejo Stolze, levantándose, corrobora con su habitual manera de hablar:

—Se vivía aislado... aislado. Los chilenos arrancaron. El destronque era terrible, era terrible.

Y a Emilio le parece que aquella sentencia, sobre la puerta, cobra una poderosa fuerza tradicional, vencedora del porvenir, de la vida y de la muerte. Como una flor que al transplantarse de clima y de continente, hubiera cobrado nuevos matices brillantes y luminosos.

Poco después, liviano, despreocupado, ha salido al campo con su caja de pintura.

El cielo de verano, de un gris ligeramente azulado, empapa el paisaje en su frescura flotante. En el lago, la luz se densifica y cobra un intenso color azul. Ni un soplo de aire conmueve la lejana quietud donde se baña la nieve rosada de las cumbres y sus masas azules. Los papales reflejan en las aguas más oscuras de la orilla sus limpios verdores y en las quebradas que dividen geoméricamente la tierra, negrean de vez en cuando manchas de bosques que aún persisten desde la fundación de la colonia, restos de la gran selva de laureles y lingues que venía a mirarse, salvaje e imponente, en la espejeante tersura del Llanquihue.

Emilio Labarga está dispuesto a trabajar, a llenar cartones para su exposición en Osorno, al llegar el otoño, cuando los rubios hacendados vuelven de sus estancias a la confortable ciudad que su esfuerzo hizo progresar. Ha cifrado todas sus esperanzas en esta exposición. Esos millonarios que han levantado en las amplias calles del pueblo viviendas prodigiosas, querrán seguramente adornar con luminosos cuadros los muros de sus casas. Si no, no es mucho lo que la riqueza les ha traído.

El sol pica fuerte, a pesar del aire húmedo. El agua levemente rizada en las orillas azulea entre el ramaje de pitras y pelúes que aún quedan aferrados al gredoso acantilado, torcidos por el viento. Las montañas, de un morado azulejo, se aproximan extrañamente, absorbiendo al lago. Se ven las rajaduras de las quebradas y los hilos sucios de las nieves tardías. El blancor apelmazado de los conos resalta crudamente en la azul hondura del cielo.

Emilio sube por el camino rojo que corta la montaña y en cuyas paredes húmedas se

abren los dedalitos violados de las digitales como bocas ávidas o cuelgan los racimos de rojos botones de los chilcos. Mariposillas temblorosas, como aturdidas, surgen a veces de entre ellas.

Al llegar a la cima avizora el paisaje. Las jorobas verdes de las colinas, potreros o papales, se unen unas a otras en largas escarpas hasta terminar a lo lejos en la compacta muralla de la selva virgen, sobre la cual dormitan, pesados y luminosos copos de nubes. Una cerca, de gruesos travesaños, separa una chacra de otra y pone una nota característica en el verdor idílico de las praderas.

A Emilio lo desorienta ese amplio horizonte monótono, donde uno que otro árbol solitario yergue su ramaje cansado. Desde ese punto las casas de los colonos no se ven. El verdor limpio, imperturbable, del terreno, cuidadosamente cultivado, predomina vencedor como el azul del agua en el otro extremo. Se vuelve hacia el lago, inmortalizado por la fotografía. Hay que buscar un asunto que, aunque sea el mismo, se haya escapado a la paciencia de la Kodak.

Tras la curva de una joroba del terreno, un ulmo solitario levanta sus gajos musculosos en potente actitud de esfuerzo, pero un hálito de florida blancura lo envuelve en una sonrisa perfumada que suaviza su aspereza. Emilio piensa con deleite en ese árbol decorativo, de esponjosa floración de nieve, para llenar el primer plano de un cuadro. Sin vacilar, atraviesa la tranquera que separa el camino de la explanada donde está el ulmo. Cree que algún chalet se levanta a orilla del, agua; pero se sorprende al encontrarse en medio del cementerio de la aldea. Es un rinconcito lleno de flores silvestres, de césped mullido y crespo. Esferitas de oro, rojas y blancas, salpican el claro verdor. Un aroma de miel silvestre acaricia las narices y llena el alma de frescura. Moscardones pesados zumban sobre las modestas corolas. No tiene el aspecto sucio y tétrico de los cementerios de las aldeas chilenas. Hay allí, entre las cruces de hierro de las tumbas germanas y las cruces modestas de los campesinos chilenos, un abrazo de paz, de compenetración y de ayuda.

El azulear del agua inmóvil, a través de la ramazón del ulmo, la quietud blanca de los volcanes, engastando en sus masas violadas la turquesa del lago, es un motivo encantador y característico; luego el aire liviano, impregnado, eso sí, en este azul flotante y vaporoso. Abre su caja de pintura y prepara febrilmente los pinceles. Se hinca en el pasto y apoya la caja en la rodilla. Hay que aprovechar este minuto de luz, de plena mañana, este dormitar del viento del sur, pastor infatigable de nubes viajeras. Se siente feliz ahora. Son instantes de olvido y elevación. En el seco golpeteo de los mangos de madera de los pinceles, cogidos entre los dedos, se detiene la vida y su quietud agobiadora. Para él no existen sino el cartón y la policromía de la paleta, en donde ávidamente mezcla

los colores para producir los tonos. ¡Qué sería de su vida mísera sin estos momentos de olvido, en que, con afán religioso, le parece cumplir una misión sobrehumana que lo purifica y eleva!

Emilio Labarga trabaja febrilmente una hora larga. Gotas de sudor corren por su frente. Su espalda está cansada, sus sienas martillar. sordamente. El aroma de las yerbas, calentado por el sol, marea casi.

Con placer estira todos sus miembros, mirando con el rabillo del ojo el esbozo que acaba de pintar. Corre ahora un leve vientecillo y el agua del lago se riza en trazos espumosos. Los techos rojos de la pequeña aldea se destacan, entre la verdura de los huertos, cargados de manzanas. Es de una frescura agradable el vestido blanco de una niña que se acerca al muellecito lacustre, semejante a una raya negra suspendida sobre el espejo azul. Sí, está viva, palpitante de color la mancha que acaba de ejecutar. Advierte que en la pintura oleosa se han pegado innumerables mosquitos y se apresura a cerrar la caja de pintura. Siente de pronto una alegría súbita que lo hace silbar. El solecito es agradable, querendón. Embriaga, con dulce hormigueo sobre la piel, sin molestar. Baja la pendiente a toda carrera con alegría y alboroto infantil. Ya en el plan se detiene, sorprendido por el horizonte del lago que parece haber subido por encanto. La nota azul vuelve a predominar persistentemente en todo instante y en todo punto de vista. La figurita de una muchacha de blanco se dibuja un momento en ese fondo de turquesa y Emilio se estremece. Ha vuelto a recordar a Ully y su gesto impetuoso, provocativo. ¡Qué agradable será sentirse amado por esa flor ingenua, estrechar su cuerpo tibio, besar sus mejillas que el sol ha barnizado como la piel de las reinetas del manzanar! Lo acomete el irreflexivo impulso de volverla a ver, de sentir el encanto de su presencia.

Al entrar en la aldea se ha dibujado en el horizonte lacustre, con recortado contorno, la silueta del pequeño vapor que atraviesa el lago todos los días. Una corriente abigarrada, la aldea entera, carabineros, comerciantes, jóvenes y niñas, se mueve hacia el muellecito. Igual que en los pueblos del valle central, cuando pasan los trenes de Santiago, piensa Emilio. Aquí como allá, aunque la vida sea distinta y se desarrolle en un ambiente creado por ellos mismos, igual deseo acelera los latidos en el corazón de las rubias descendientes de los colonos que en el de las pobres muchachas de provincia. ¿Vendrá de Puerto Varas el rubio joven de calañés verde que tiene allí establecido su comercio o el hijo de algún colono de próspera fortuna que pedirá su mano, los que bailaron el clásico vals en una boda en el campo o en una tertulia en Puerto Montt?

Cuando Emilio se halla en la aldea, el vaporcito ya ha atracado. Desde una bocacalle contempla el gentío pintoresco, con sus trajes de verano, acumulado en el muelle, junto a la borda del vapor.

Las casas limpias, frescas, blancas de luz, parecen bañarse gozosamente en este aire puro y azul. No se ve por ninguna parte el harapo terroso de un rancho, con sus aleros apuntalados en retorcidos troncos, ni la figura del huaso que, en su caballejo, atraviesa las calles de la aldea nativa. Salvo los braceros chilotos que en la época de las cosechas, desfilan, al hombro su ropa, por los caminos, con su tardo paso resignado. La sirena del vapor llena con su pitazo agudo la calma serena de la hora y un penacho de humo vaporoso tiembla en el aire y se disuelve rápidamente en él. Por el claro cielo empiezan a correr copos movibles cada vez más numerosos. Unos jotes vuelan entre ellos con la característica serenidad de su vuelo.

Emilio se detiene frente a la casa de los Stolze. No se ve un alma en ella. Las blancas cortinas se agitan suavemente en las ventanas abiertas. Unos brazos rosados se mueven diligentes, un segundo, en el alféizar.

Su corazón da un vuelco en el pecho. Medio divisa un óvalo blanco y unos rizos de oro que desaparecen rápidamente. La cortina continúa su suave balanceo en la abierta ventana.

¿Será Ully que, como es costumbre en las casas alemanas, hace el aseo matinal?

No, no debe ser ella. Es ya muy tarde para estos quehaceres. Vuelve a mirar el lago tendido, como un retazo de cielo, entre montañas oscuras.

En el aire liviano se desparrama de pronto la armonía vibrante de risas femeninas. Emilio se vuelve bruscamente. Le ha parecido que las carcajadas han sonado a sus espaldas, pero no es así. Avanza algunos pasos más allá del chalet. En el pomar contiguo blanquean los tonos claros de los trajes de las niñas. Selma está sobre una escalerilla, apoyada en el tronco de un manzano. Ully, con un sombrero de paño blanco sobre los rubios cabellos, recibe las manzanas en un canasto. Otra muchacha, alta, de grave perfil, conversa con un joven de calañés verde en la cerca de madera. Apenas lo divisa se despide y se va hacia el interior. Emilio comprende que es la hermana mayor, *la que no sabe castellano*. El joven se aleja haciendo un ceremonioso saludo.

—Morgen —resuena en el aire claro la voz de rudo acento.

La escena es característica y peculiar. Las esferitas rojas de las candelarias brillan entre las hojas verdeoscuras, las reinetas semejan aterciopeladas bolas de oro y el sol claro, juguetón, traspasa los follajes y chispea de áureos redondeles la mullida alfombra del prado y la piel rosada de las muchachas. Emilio recuerda unos de esos cuadros alema-

nes, claros, luminosos, extrañamente detallados, que ha visto en revistas de arte. Piensa en esta fuerza persistente de los germanos que lleva, a donde quiera que vayan, el paisaje familiar, este secreto talismán de la tradición que es, al mismo tiempo, la cualidad y el defecto de la raza.

La charla de las niñas se ha callado, apenas él se detuvo frente a la cerca. Comprende perfectamente la razón de esto. Apoya con familiaridad su caja de pintura en el travesaño y da los buenos días en alemán.

—Morgen —contesta alegremente Ully con su vocecita chillona.

Selma ha bajado de la escalerita y recoge las manzanas caídas al suelo, echándolas en el canasto de Ully.

Emilio la observa risueño. ¡Curiosa la chiquilla! A pesar de su corpulencia se ve la ingenuidad de la niñez en sus grandes ojos azules y la rudeza de sus gestos contrasta con su risa inocente, con el mohín de turbación infantil que tuerce su labio superior y deja ver la frescura nívea de la sonrisa. Su alma juguetona se pasea a sus anchas en el corpachón macizo, descompasado. ¡Es curiosa la chiquilla!

Familiarmente pasa por debajo de las trancas y se acerca a las niñas. Quiere mostrarles los cartones pintados. Ellas, muy serias de pronto, miran el colorido brillante, los pincelazos largos y hábiles que han tomado solamente los rasgos esenciales del paisaje.

—Muy lindo —exclama Ully con entusiasmo.

—Es el ulmo del cementerio—apunta Selma muy seria.

Y Labarga, temeroso de que no sepan de esta escuela de pintura tan poco germánica, explica que es sólo un apunte. En Osorno, en la tranquilidad del taller, agrandará la mancha convirtiéndola en cuadro.

Ully pregunta si se quedará mucho tiempo en el sur. El pintor responde con énfasis lírico. Hace tiempo que no toca esta cuerda, tan usada en la Escuela de Bellas Artes:

—Necesito hacer una exposición en Santiago, para darles a conocer el sur. Hasta ahora nadie lo ha interpretado con sinceridad. Manchitas iguales: el agua azul, los volcanes al fondo, postales iluminadas, ¡nada más!

Ella escucha atentamente. Una dulce sonrisa se ha detenido en su carita fresca como una

blanca mariposa en una flor. Parece esperar que el joven termine para decir algo. Está adorable con su graciosa naricita, la frescura rósea de sus labios y la amplia respiración de su pecho virgen, donde la vida circula complacida y ávida.

—Yo voy a ir a pasar el invierno en Osorno.

Labarga comprende la tímida insinuación que encierran sus palabras y una turbación inexplicable lo invade. Allá, en el fondo, aparece la calle sórdida de barrio donde lloriquean unos chicos y una mujer, fruncido el ceño, remienda unos viejos calcetines, pero, ¡qué diablos! Es tan hermosa la mañana, tan dulce el aire dorado que tempera la respiración del lago, tan apacible la aldea blanca y las blancas cortinillas que se agitan como haciendo señas y tan deliciosa la rubia Ully, como las manzanas jugosas que se amontonan en el canastito, colgado de su brazo robusto. Es una felicidad que le está vedada, que no podrá conseguir nunca, pero se deja llevar, sin voluntad ni pensamiento, por el encanto del instante, por la seducción poética de la hora. El mismo se sorprende pidiendo a Ully una manzana y ridiculizando, acto continuo, su gesto de galanteador de película.

—Tema para un cuadro, señorita Ully, Adán pidiendo la fruta prohibida a Eva.

Y la muchacha se ríe francamente. Como una ola rosada se hincha su garganta núbil. Un zorzal que se esconde entre las hojas barnizadas de sol, echa a volar ruidosamente.

Por una de las ventanas de la casa que dan al campo, se asoma la hermana mayor, la que no sabe castellano:

—Ully, Selma, papá ist angekommen.

—Ya voy —responde Selma.

Las niñas se despiden.

Emilio recuerda:

—¿Y la manzana?

—¡Ah! —exclama ella, al mismo tiempo que escoge nerviosamente en el canasto y le pasa una enorme, hinchada, de transparente piel de oro.

—Danke Schön!

—Bitte —responde ella.

Y en estas palabras germanas, pronunciadas en broma, hay una complicidad que los acerca.

Emilio vuelve por la calle hacia el chalet. El vaporcito ha desatracado hace un momento y su silueta oscura se recorta en el fondo azul. El humo negruzco se desfloca lentamente en el aire y es la única nota sucia en esta hora límpida, de indefinible recogimiento. Las muchachas que llenaban el muellecito vuelven a la aldea, en grupos, alegres y alborotadoras.



III

Emilio Labarga se da cuenta que ha caído en gracia al rudo viejo, hijo del colono bávaro que llegó a las orillas del lago a principios del siglo. La sobremesa se prolonga indefinidamente en el confortable comedor del chalet. Se han quedado solos, después de un rato, fumando los fuertes puros del viejo Stolze, de los cuales Ully ha dejado varios sobre la mesa. Selma ha ido retirando discretamente todos los adminículos del almuerzo. Sólo ha dejado sobre el albo mantel la botella donde hierve la agridulce chicha de manzana, recién vaciada de la pipa de reserva.

Por la ventana se ve un trozo del lago que azulea entre los pastos de la orilla. Más allá, recortada su masa por la curva verde de una colina, asoma su borrosa cabeza el Pichi Juan. Inmortaliza el nombre del guía mapuche que rozó la selva de la orilla en los tiempos heroicos de la colonización y que escapó milagrosamente del gigantesco incendio provocado por su propia mano. Su recuerdo es ya una leyenda entre los colonos. Es un personaje fabuloso nacido de los labios de la abuela rubia, al amor de los hualles crepitantes en la chimenea invernal.

Carlos atraviesa en ese instante el rectángulo iluminado de la ventana, arreando un grupo de vacas enfermas que babea lastimosamente unos hilos viscosos.

Los ojos del viejo se humedecen al verlas. Repite como un eco de su pesar interno:

—La fiebre aftosa . . . la fiebre aftosa . . . Mal negocio este año.. mal negocio este año.

Llegan de vez en cuando, a través del aire cristalino, risas juveniles. Las niñas han seguido en la tarea de recolectar las manzanas maduras, antes de que las destruyan los pájaros.

Velados los ojos por inusitado fuego, le parece ver a Ully envuelta en el encanto luminoso que emana de su figura, con la carnosa lozanía de una manzana que se hubiera nutrido, sin dañarse, de los mejores jugos de aquella tierra que los bosques seculares abonaron y la agudeza del recuerdo es tal, que durante un segundo pierde la noción del mundo, mecido en delicioso desvanecimiento.

Oye, sin darse cuenta, la voz áspera del viejo Stolze. El buen alemán está contento. Siente un verdadero placer en evocar la lucha pasada como un recuerdo de gloria. Su gesto es dominador al hablar del país surgido, como a un conjuro, junto a las aguas azules, sobre los *ñadis* húmedos y malsanos, donde la quila juntaba el lingue de aceradas hojas con el laurel esbelto y el ulmo plateado.

—El destronque era difícil . . . era difícil, amigo, y estábamos solos, solos. Cinco días . . . días . . . días. . . con unas libras de mantequilla. . . para Puerto Montt... por el medio del bosque. . . un bosque harto cerrado. . . cerrado.

Don Germán quiere presentarle al último sobreviviente, en la aldea, de aquellos tiempos que duermen ya en el seno encantado de la tradición. La curiosidad del joven, sus proyectos ingenuos, su admiración por la obra de los colonos, lo han ganado por completo.

Atraviesan la calle única de Frutillar, que da al lago, aletargado bajo la siesta luminosa. Aún no hace un siglo que los bosques negreaban a la orilla del Llanquihue; pero el progreso ha sido tan rápido que la epopeya se ha alejado en el tiempo. Hoy es sólo una dolorosa lección de experiencia en los hijos y una leyenda en los nietos que viven en el confort de la fortuna conquistada por los abuelos. La barraca húmeda del antecesor, entre los viejos árboles, es como un cuento de hadas perdido en el pasado.

La casita de don Guillermo Gunther está al término de la larga calle. Es tal vez la única casa de un piso que subsiste en la aldea, con su fachada de tablas que recuerda las construcciones ligeras de los marinos, en los puertos. El viejo Gunther ha tenido menos suerte que los otros colonos. Muchas mujeres y un solo varón.

A esta hora de la siesta, siesta clara, de discreta luz, los tonos algo uniformes del paisaje del sur tienen una fijeza cegadora. El sol hace bullir el metálico espejo del lago dormido al pie de las blancas casas de la aldea.

Don Germán empuja la reja de madera del pequeño jardín y entra familiarmente al pasadizo. En el corredor que da a las colinas, en cuyo declive también se alinean los troncos torcidos de los manzanos, está sentado un viejo de anchas espaldas y de abundantes barbas blancas. Sus pies abrigados en viejas pantuflas, descansan sobre una piel de venado que evoca la selva virgen. Sobre la ola de nieve de sus barbas dormita un enérgico perfil de luchador. Don Germán explica el objeto de su visita. El viejo vuelve despaciosamente hacia Emilio Labarga su perfil de águila. Dos ojos grises agonizan entre los pelos de las cejas, agudos como flechas. Tiende al joven la mano temblorosa, de largos dedos oscuros y tiesos, medio irguiéndose en la silla. Emilio se adelanta a estrecharla, diciendo cortésmente:

—No se moleste usted. No se levante. Siento un gran placer en conocerlo.

La mano es fría, ruda, sin vida casi, pero en su aspereza hay una vibración de sinceridad,

de calidez que Emilio advierte sin explicárselo. Un despecho pudoroso se disimula, sin embargo, en su silencio. ¿Ha tenido, acaso, intervención en el origen de este nuevo país la raza criolla, enferma siempre de pereza colonial, desplazada en la misma tierra que ellos conquistaron?

En su castellano cerril, aprendido a los indios y a los chilenos que los ayudaban en las siembras, con ese tono de buen humor aniñado de los alemanes del sur, el viejo Gunther habla de su llegada al lago Llanquihue, cuyas altas riberas emboscadas hubo que ascender a lazo en algunas ocasiones. La familia se estableció en un claro del bosque, al abrigo de unas quilas, sin esperanzas de mejorar su vida, sino por el esfuerzo de su propia voluntad. El viejo habla del enorme coigüe, cuyo ramaje centenario se adelantaba hacia el lago y donde todos los pájaros del bosque habían anidado. Semanas enteras los hombres de la familia lucharon por derribarlo y luego, ya en el suelo el gigante vencido, hubo que eliminarlo a trozos, porque molestaba más que antes. ¿Y qué decir del barro de los pajonales que había que rellenar trabajosamente para echar la semilla encima?

En la imaginación de Emilio rejuvenece el viejo teutón. Lo ve con sus recias botas y sus barbas de oro astillando la entraña roja de un roble o buscando en el corazón de un laurel muerto un panal de miel silvestre para mejorar el reducido almuerzo de la familia. Vuelve a ver al indio mentiroso o al mestizo indolente contemplando con indiferencia esta epopeya como los jotes que planean por encima de los árboles, sin alma y sin edad.

El viejo levanta su cabeza orgullosa y un revuelo de nieves flácidas tiembla bajo su nariz aquilina.

Al salir de nuevo a la calle, dorada de sol, lleno el cerebro con la evocación de los primeros días de la colonia, vuelve a recordar la selva primitiva, cuyo húmedo subsuelo la hizo inhabitable, aun para los mismos indios. Sin embargo, lo asalta una sombra de tristeza. Se ve solo y abandonado, como en un país extraño. El no es aquí más que un turista, un pintor de Santiago, de donde viene para los ingenuos colonos todo lo que signifique riqueza fácil, influjo, seguridad de vivir. Hijos de una nación densamente poblada ha sentido aquí como una embriaguez de holgura. Su vida es una mentira aquí como allá. Vivía envuelto en una aureola falsa, creada por los amigos periodistas, parias como ellos y los encargos cada vez más espaciados de un retrato viejo que se remoja o de un paisaje criollo de receta, una casa colonial o un pedazo de montaña vendido a algún turista antojadizo que quería llevarse un recuerdo de Chile. Sentía, ante esta vida de esfuerzo, en el pasado y hacia el porvenir, el vacío de su existencia, la inútil pasividad de su juventud. Por último, era casado. Ni siquiera tenía derecho a remediar el error de su vida entera. Con gesto violento, como el enfermo que cambia de posición en el lecho, pasó su caja de pintura al otro brazo. Don Germán se despidió al llegar al manzanar.

—Muy bien, muy bien.. . señor. .. ahora a trabajar... a trabajar... Yo.. . las vacas, las vacas... Ustedes los pinceles, los pinceles... Hay que cortar el trigo.. . y guardarlo antes que llueva . . .

El viejo señalaba el cielo, de azul claro, por donde volvían a patinar nubes empujadas por invisible fuerza, la misma que rizaba en blancos hervores la sabana azul, sonrisas del lago junto a la gravedad de las altas cumbres, empenachadas como caciques.

Don Germán pasó por debajo de la cerca con elástico movimiento. Su silueta burda atravesó ágilmente el manzanar desierto y se perdió en la torre de madera del molino, de entre cuyos travesaños oscuros salía el chorro blanco y ruidoso de agua del canal.

Emilio se acercó a la pequeña playa del lago, donde estaba tumbado un bote. El único que había visto en la aldea. Parecía como si el lago estuviese hecho para mirarlo, para encantar la pupila con su visión azul y no para cruzarlo. No habiendo el interés de la pesca (los peces no encuentran alimento en esa vasija de aguas puras donde el fango no existe) los ribereños no la atraviesan sino por necesidad.

Armó su caballete portátil, pero no pudo pintar. Una flojedad indominable inmovilizaba los pinceles en sus manos. Luego, todos los chiquillos de la aldea, con sus cabezas color de choclo nuevo, lo miraban embobados y serios. Decidió cerrar la caja. Con romántica angustia sentía la nostalgia de la casa y de Ully, aunque se engañaba a si mismo, ya en camino hacia el chalet, pensando que la chicha de manzana lo amodorraba y necesitaba descanso. En el fondo, era la vaga esperanza de encontrar a la niña en las cercanías, pero como en la tarde del día anterior, la casa parecía deshabitada. No se advertía en la limpia soledad del hall barnizado ni en las habitaciones cerradas ese rumor indefinible que denota la presencia del hombre. Subió resignado a su cuarto. Todo esto es imbécil, reflexionaba. Debo irme mañana mismo a Osorno. ¿Para qué atormentarme como un niño con lo que no ha de suceder nunca?

Tendióse en el lecho, dispuesto a no moverse, a hundirse en la inacción.

Se incorporó de pronto. En el velador amarilleaba una hermosa manzana del sur, cuya piel de oro brillaba como esmalte. Ahora no más se daba cuenta de su aroma penetrante, azucarado, de la lenta respiración de la carnosa entraña, a través de la leve capa de oro de la corteza. Toda su molestia pareció fundirse súbitamente. La tomó en sus manos y creyó sentir tibieza de piel, suave convexidad de carne en la curva perfecta de su redondez. Y sonrió, porque acababa de recordar el temblor de los pechitos de Ully bajo la nieve de la suelta blusa de espuma. Buscó su cortaplumas para mondar la fruta, pero se arrepin-

tió en seguida. La mordió con ansia y sus encías se impregnaron de su frescura jugosa. Vanidosamente pensaba que la niña, hasta hace un momento tan lejos de su deseo, hubiera recordado el rápido incidente de la manzana del huerto y le hubiera dejado otra en el velador. Ella ha estado aquí. Ha observado mis cartones, se ha acordado de mí, al hacer con sus propias manos la cama, donde he dormido. Y Emilio Labarga carácter ligero y fantástico, encontraba entre la jugosa pulpa y la gracia rubia de la pequeña Ully Stolze, extrañas similitudes que sentía de un modo vago y sensual.



IV

El día siguiente, domingo, amaneció nublado. La niebla, especie de garúa blanca, descolgaba sus cendales, cada vez más densos. Los grandes tiques manchaban con sus masas borrosas, medio disueltas en la humedad flotante, el blancor movedizo de la neblina. El lago, reducido a una faja estrecha, tenía un tono espeso y opaco de plomo.

Esa mañana, Emilio durmió admirablemente. No lo atormentaban ahora ninguna de las inquietudes de la víspera, pero al levantarse y ver la niebla que acercaba cada vez más el horizonte del lago, tuvo un súbita desazón:

—Si no se despeja, no tengo pretexto alguno para quedarme... A pesar de su amabilidad... yo soy un extraño para ellos... Un huésped, traído por la casualidad.

Y observó que esta hipótesis lo angustiaba de veras. Esperó largo rato en la habitación, a pesar de estar ya vestido. Tuvo que confesarse, con un gesto de desaliento, que lo único que en ese instante deseaba era oír de nuevo los golpecitos de Ully en la puerta y su voz ligeramente desentonada, al preguntar:

—Bitte zum Kafe, mein Herr?

Pero esta vez no fue Ully la que vino a llamarlo. Fue su amigo Carlos que lo convidaba a la misa en la pequeña iglesia del puertecillo lacustre, flamante el cuello y las botas relucientes. Desayunaron solos en el comedor. Supo que las niñas estaban en casa de la familia Gunther, cuya nieta se había casado en la mañana. Cuando bajaron a la calle, Carlos Stolze le advirtió que Ully y Selma le habían encargado convidarlo al baile y a la comida de bodas. Esta noticia hizo palpar su corazón y lo llenó de alegría. Apagó en sus labios el despechado impulso de comunicarle a su amigo que pensaba irse en la misma tarde. Creyó conveniente, sin embargo, darse un poco de importancia:

—Con mucho gusto, Carlitos... Creo que hoy no podré pintar . . . Parece que sol no hay en todo el día.

El joven explica con su gravedad ingenua:

—Eso no se sabe nunca aquí... De repente corre viento sur y se despeja. . .

Subieron por el camino, detrás del cementerio. Camino abierto en el terreno gredoso y encajonado entre dos altos muros de tierra húmeda, en cuyo término, saliente como una cornisa, crecían flores y matojos de yerbas verdeclaras.

La iglesita, construida en una eminencia del terreno, destacaba aislada su rectángulo gris, coronado por la torre. La campana repicaba alegremente. Veíanse muy bien las oscilaciones del halda que parecía vaciar los sonidos en el aire gris. De los caminos rojos que caracolean entre los altibajos de la tierra y desembocan en la carretera que ciñe al lago, surgían familias de colonos que, de sus granjas, venían a la misa dominical. A veces llegaban hasta el camino en esos carros de cuatro ruedas que desde Llanquihue al sur han substituido a la carreta chilena. Los trajes negros de los padres o de las ancianas con viejas capotas de bridas, recortábanse en el fondo blanco del día nublado, como a tinta china. Las muchachas iban vestidas casi siempre con chaquetas de violentos colores y charlinas claras, anudadas al cuello. Animaban un instante la carretera con sus siluetas originales y la bonhomía sana de sus risotadas.

Cuando entraron en la pequeña iglesia, la misa ya había comenzado. Se oía el rezongo del órgano y un coro de niños de la escuela entonaba un salmo religioso. Emilio miró a su alrededor. La iglesia era clara y limpia como una vivienda próspera de colono. Cabezas barbudas, patriarcales, se inclinaban con unción sobre el pecho. A través de la red de las manteletas brillaban las cabezas rubias de las muchachas. Todos los matices del rubio: oro pálido, oro bronceado, oro rojizo y ojos azules y mejillas de rosa, barnizadas por el sol del sur que pone en ellas un matiz brillante y fresco.

Cuatro monaguillos de rubias cabezas infantiles acompañan la misa. Se oye en el silencio el sonajeo de los incensarios. Unas palomas se arrullan tras los vitrales rojos de las ventanas en ojiva.

Emilio se siente sobrecogido. Por primera vez una misa le produce una emoción que no acierta a explicarse, pero que lo conmueve, lo conforta, lo hace olvidarse de la incertidumbre de su vida.. Es una fe tan sincera, tan hondamente recogida la que respira este cuadrado de tablas de lingue, erguido sobre la colina, donde antes la selva levantaba sus columnas seculares.

Fe de raza fuerte que, aislada en un país extraño y lejos para siempre de la patria, se refugia en un ansia sincera de purificación, de integridad espiritual, de acción de gracias por la buena fortuna. Eso es lo que se ve en las cabezas aradas de los viejos y en los fuertes rasgos de los jóvenes, en los perfiles secos o rechonchos de las madres y en los colores rosados de las muchachas.

Al finalizar la misa, banquete espiritual que todos los domingos se dan los colonos, empezó a llover con fuerza.

No se preocuparon, sin embargo, poco ni mucho del agua que se desplomaba ruidosamente. Gruesas rayas casi verticales cerraban el horizonte con una red gris e impenetrable. El agua que corría en todas direcciones sombreaba la tierra rojiza y oscurecía aún más el oro oscuro de un trugal frontero a la iglesia. Las pequeñas espigas barbudas balanceábanse sin gracia, sacudiéndose el agua que las empapaba.

Un joven rubio, vestido a la chilena, faja roja, tacón alto y pantalón bombacho (un alemán disfrazado de huaso) observó, mirando el trugal inclinado por el peso del chubasco:

—Mi trigo se va a tender. . .

Detrás de él le contestó una voz ligeramente irónica:

—Le dije que lo cortara, señor. . . la otra semana... Es muy riesjoso dejarlo...

—No me pude venir antes de Puyehue. . .

Después de una pausa, agregó el otro por vía de consuelo:

—No se apure, don Juan... No alcanza a tenderse. Esto pasa luego.

Una mujer enorme, tocada con una capota de bridas y un abrigo de blonda negra, atravesó la calle. Su cara ancha, de sueltos pliegues sollamados, rojeaba encima de un cuerpazo deforme, que se balanceaba al andar. Sin embargo, no salió una carcajada de los colonos y sus descendientes reunidos en el porche de la iglesia. La mujer se acercó a un caballo amarrado a un poste y puso una manta sobre la ancha silla. Un soldado de carabineros pasó al galope hacia el camino. Los cascos de la cabalgadura levantaron negras pellas de barro en todas direcciones.

Poco a poco se fueron reuniendo, en el porche techado de la iglesia, todos los colonos y sus familias. Saludábanse cordialmente y conversaban en ese alemán que ya debe haberse diferenciado en forma notable de la lengua original, por la cantidad de vocablos que se le han adherido en la tierra chilena, como los clonquis en el vellón de las ovejas.

Emilio sintióse otra vez aislado y solo. Experimentaba, como nunca, esta angustia de la vida, este desaliento de vivir que le acometía con tanta frecuencia en los últimos tiempos y cuyo origen no acertaba a explicarse.

Ese sí, cada vez con más intensidad y mayor cercanía, aparecía el suicidio como única

solución.

No entendía de la conversación, a la cual se había agregado su amigo, visiblemente complacido, sino una que otra palabra chilena, montura o carreta o trigo y con que los colonos cambiaban sus impresiones agrícolas.

El tamborileo de la lluvia sobre el techo de la iglesia cesó de improviso. Se produjo un gran desgarrón de la neblina y el espejo del lago azuleó reverberante y pulido. La luz del sol era de un dorado limpio, casi anaranjado. La tierra arcillosa bebía el agua rápidamente como si estuviese contenta de hacerlo. El trugal y las colinas lejanas, pobladas de bosques, humeaban suavemente, a modo de hoguera recientemente apagada y entre los copos livianos de nubes, blanqueó como un esmalte recién lavado, el cono japonés del Osorno.

Los grupos de colonos comenzaron a bajar hacia el camino. Deteníanse de cuando en cuando al encontrarse con amigos y se despedían luego como personas que tienen prisa. Dos muchachas altas, robustas, de gruesas trenzas a la espalda, bajaron corriendo, con infantil alboroto, el terreno en declive, hasta el camino donde las esperaba un carricoche. Los hombres siguieron ávidamente el perfil de las recias pantorrillas.

Uno observó:

—¿Que no son las chicas de don Edwin?

—No, hombre, son de Puerto Montt. Unas huérfanas, sobrinas de don Otto Keiser.

Carlos y Emilio bajaron nuevamente a la aldea. Azuleaba el lago como si todo el añil del cielo se hubiera disuelto en las aguas, tan claro y desleído aparecía en ese instante. La negra muralla de la selva virgen, en la región pantanosa del oeste, más negra si cabe a contra luz, aparecía hosca y misteriosa, iluminada por el sol. Los mástiles de los lingues que montaban guardia a la entrada de la selva parecían tener, en sus siluetas inmóviles, una actitud rencorosa de desafío al ver cómo el hombre los empujaba cada vez más hacia la costa y cómo, en sus antiguos dominios, blanqueaban las granjas y las aldeas y brillaba al sol el oro de los trigales o el verdegay de los potreros, salpicado con los óvalos rojos de las vacas de raza fina.



V

—Allí es explicó Carlos Stolze, mostrando una encina cuya copa, empapada de sol, se esponjaba encima de las casas de don Guillermo Gunther.

Geométricamente incrustado en el cráneo un sombrero de *cow-boy*, con su cara afeitada de efebo, parecía bien Carlos Stolze un yanqui de película.

Risueño, Emilio le contestó:

—Sí, ya sé, estuve ayer con su papá. . . En un ratito estoy allá. . . Voy a aprovechar este instante de luz. . .

Pero no era precisamente esto lo que lo detenía. Pensaba que la mentira iba demasiado lejos. Una tortura dolorosa, pero al mismo tiempo agradable ensordecía su voluntad al dejarse vencer por el señuelo amable de este amor de niña ingenua, cuyo instinto cantaba libre, revestido de amables apariencias, en el candor de los ojos azules y en la tibieza rosada de su piel.

Hubiera corrido a la casa, pero todo aquel mundo de gente rubia reunido allí lo llenaba de temor. Subió nuevamente al cerro para hacer hora. En este instante salían de él algunos inquilinos de las granjas con ese aspecto de dolor resignado de los indios del sur. Aún estaba fresco el montículo que dibujaba la forma de un ataúd de niño, con una crucecita y una corona de arrayán entre sus pequeñas aspas. ¡Qué diferencia entre esas tumbas, a flor de tierra y los risueños túmulos germanos, en la parte más alta del terreno, cubierto de rosales en cuyas flores abiertas zumbaban los moscardones o en cuyas espinas se enredaban los vilanos vagabundos de los cardos!

Aquellos indios degenerados eran lo que de la raza pobladora quedaba en el lago, junto con esos ulmos envueltos en la nieve olorosa de su floración y la tierra barnizada de frescos pastizales, rezumando, inviernos y veranos, el fértil sudor de su entraña inagotable.

Estas ideas lo entristecieron. Sintióse solidario, en el fondo, de aquellos pobres diablos condenados antes y después a una esclavitud sin redención.

—Diablo —bromeó en voz alta—, ¿seré patriota?

Y recordó que muchas veces, por espantar al burgués, en sus horas de miseria y de incomprensión, aseguró que la tierra chilena debía ser arrendada a un sindicato de esta-

distas yanquis para hacerla salir de su desgobierno.

En vista de que no podía pintar, volvió a la casa, a dejar la caja y los pinceles. Ya no cavilaría más. Hay que tomar la vida tal como se ofrece a nuestros ojos, sin saltar por encima del presente para hundirse en la inacción del recuerdo o soñar en la inseguridad de lo que ha de venir.

Y la casita germana, animada por la fiesta de la boda y las gruesas trenzas de oro de Ully, posadas sobre el raso inmaculado de sus hombros eran para su ávido corazón como el seno perfumado de una flor recién abierta para la abeja de los campos.

Los postigos de las ventanas estaban abiertos y las parejas de gruesos hombres rubios, vestidos de negro y de rubias muchachas, vestidas de blanco, estrechamente enlazados, desfilaban por el recuadro con cómico balanceo. Se detuvo indeciso en el umbral. En ese instante, Selma lo vio parado, en la puerta, al pasar hacia el comedor, donde se divisaban mesitas con refrescos y pastas.

Se detuvo un momento y volvió al salón con el rostro radiante. En su cara rolliza de buena muchacha, se asomaba una picardía ingenua y juguetona.

A los dos minutos, inflamadas las mejillas por el baile, con sus rubios cabellos cuidadosamente trenzados, apareció Ully en la puerta. Para Emilio la aparición de la niña fue un deslumbramiento. Aquel conjunto de gracia y de salud que, en una línea perfecta partía de la cabeza, se insinuaba en la cadera núbil y terminaba en el fino tobillo, producía en todo su ser una turbación ardiente. Ully era el tipo de la rubia en toda su luminosa frescura.

En el umbral de la puerta, bañada en sombra, con la luz de afuera sobre su piel blanca que la agitación teñía de rosa, cobraba todo su prestigio raro de flor del norte, desarrollada a pleno aire y a pleno sol.

Emilio, rápidamente, se detenía en los detalles. Tal vez el cuello era demasiado musculoso, casi varonil. Las manos un poco grandes, demasiado rojas. Recordó la costumbre de las niñas alemanas de lavar los pisos y hacer los menesteres de la casa.

—Creí que no vendría.

Había un delicioso pudor secreto en estas palabras pronunciadas en voz baja.

—Es que me perdí buscando la casa. . .

Y en esta mentira y en la entonación melosa de su voz, Emilio se daba cuenta, una vez más de su hipócrita simulación.

Su hermoso cuerpo curvábese en una espontánea e indomitable vergüenza. Una luz radiante animaba sus ojos grises y una sonrisa inmóvil, como detenida extrañamente en el rostro, mostraba la blancura impecable de sus dientes.

Emilio, igualmente turbado, sentíase causa de esta transformación. Una alegría soñadora se posaba suavemente en su interior como un cansado vuelo de paloma.

Ully invitó a pasar:

—Pase Ud.... Voy a presentarle la novia ...

En la pequeña sala de la casa del viejo Gunther, la salita de zócalo barnizado que Emilio había visto varias veces en las granjas, hervía una muchedumbre entusiasmada. El baile se había detenido un momento. Sentíase el áspero alemán de los colonos. Las carcajadas francas de los jóvenes, unos mocetones cuadrados, de tranquilos movimientos, mal envueltos en negras levitas sacadas del fondo del baúl. Fácilmente se advertía el origen plebeyo de los emigrantes venidos de la Prusia Oriental, de Sajonia y de Baviera, pero esto lo acercaba más a ellos, pues el esfuerzo resultaba doblemente grande y doblemente heroico. Los obreros, sastres, zapateros o curtidores, debieron improvisarse hombres de campo para vivir y esta experiencia fue rudamente adquirida. Se convirtieron en agricultores y sobrepasaron a la raza autóctona que cultivaba la tierra desde los tiempos coloniales.

Las bandejas con chicha de manzana, cerveza y lonjas de kuchen, barnizadas con rojas mermeladas de guindas, circulaban profusamente en los brazos infatigables de las nietas del colono, unas muchachonas robustas, hinchadas como salchichas, de cuyos carrillos lustrosos amenazaba brotar sangre roja y espesa. Eran el reverso de la figura de Ully. Veíanse en ellas los dos extremos típicos de la raza.

Para llegar a esta linda muñequita, fina como una flor, debieron existir muchas y misteriosas selecciones de tipos intermediarios, porque Ully era el mismo tipo que se veía en el salón; pero corregido. El mismo color rojo y lustroso era en ella de una suave transparencia. Todo lo que en las otras era una abundancia excesiva de carnes, de violentas curvas, era en Ully insinuación armoniosa y discreta.

El viejo piano cascado empezó a sonar de nuevo frenéticamente y las parejas comenza-

ron a dar vueltas gimnásticas con ese entusiasmo casi automático por el baile que tienen los alemanes. Oíanse carcajadas robustas. Risas cortas de mujeres. Emilio notaba que todos se entregaban a una alegría chabacana, sin restricción ni disimulo.

Las muchachas, como los hombres, maseaban el kuchen sabroso a grandes dentelladas y vaciaban sin remilgos las copas de chicha o los vasos de cerveza.

El vals mecía esta alegría algo burda, pero sincera, en las ondas de su antiquísimo compás.

Emilio se había sentado con Ully junto a la ventana. También ella vaciaba los vasos de chicha, presa de una sed extraña y mascaba vorazmente las lonjas de kuchen. Notaba ahora algo en que antes no había reparado. Sus contestaciones no eran las de dos personas que acaban de conocerse. Tenían un tono de áspera defensa, que contrastaba con la semisonrisa que rompía el arco rosado de su boca. Había en esto una provocación incitante que lo atraía con irreflexiva violencia.

Al comenzar un nuevo baile, un muchachón rubio, con un bigotito de oro crespo sobre el labio, invitó a bailar a Ully. Emilio la vio con rabia balancearse en los robustos brazos, levemente entornados los ojos grises y abandonada la sonrisa en los labios temblorosos, sin voluntad alguna. Un despecho muy parecido a los celos crispaba sus nervios al ver desfilar sus hermosas piernas y el compás de las pesadas serpientes de sus trenzas sobre el hombro desnudo.

—Soy un imbécil —pensó— imaginándome ridículos amores. Ese u otro cualquiera será su marido, muy a mi pesar, que ni siquiera estoy libre en la vida. Lo más acertado será tomar el auto e irme a Puerto Varas en el tren de la tarde.

Consultó su reloj, pero la hora del tren había pasado ya. Aquel bullicio ensordecedor comenzó a hacersele insoportable. Sus mejillas ardían y en su nerviosa impaciencia, enterraba los dientes hasta hacer sangrar sus labios contraídos.

Determinó, por último, salir a la calle. No vio, sin embargo, que unos ojos brillantes lo siguieron hasta que atravesó el umbral de la puerta.

El sol declinaba. Su hoguera roja se extinguía tras la selva virgen que limitaba el horizonte, hacia el mar. Unas nubes largas, de inflamado contorno, trazaban bandas rojizas en el fondo de las montañas nevadas. Las aguas del lago plateábanse, con tonos oscuros y quietos en las orillas. En el centro hervían, chispeando con extraña vida. En la faja de luz disolvíase la manchas oscura de una vela, sin viento, que daba al paisaje, con el tono

rosado del Osorno y el arañazo de los árboles de la orilla, bañados de sombra azulosa, el tinte del Fusiyama, en los millones de biombos y cromos japoneses esparcidos por el mundo. Sobre su cabeza resonó largo rato la flauta armoniosa de las bandurrias en marcha hacia la cordillera. Emilio las miró durante largo rato mover sus anchas alas doradas, el aire claro, donde la fresca respiración del Llanquihue empezaba ya a notarse.

Se sobresaltó, al no escuchar el piano que atronaba con sus sonidos un momento antes. El baile había terminado. Ully apareció en la puerta. Su corazón golpeó con fuerza el pecho. Chispeantes los ojos, los ricillos dorados bailoteando sobre su frente sajona, tersa y bombeada, admirablemente puesta sobre los arcos dibujados de las cejas, Ully lo empujaba fatalmente hacia el abismo.

—¿Y por qué no baila, mire? Venga no más, venga. Le puede tocar la suerte... Venga antes que le toque a otro... Ya escogió el novio y le tocó a la Selma... Venga, venga...

Las palabras salían entrecortadas por la agitación, con ese desaire peculiar en los alemanes del sur al hablar el castellano y en el caso de Ully por el pequeño falsete de su voz que le daba un tinte ligeramente cómico, pero simpático.

Y Emilio se dejó arrastrar. El espectáculo que se desarrollaba en el saloncito era realmente curioso. La novia, con su traje de boda, de raso, de visos violados, con una venda en los ojos, corría en medio de un círculo de jóvenes. Emilio no se dio cuenta de lo que significaba aquella escena. Tenía, sin embargo, una gravedad de rito, la solemnidad de un viejo uso tradicional. Ully lo empujaba suavemente hacia el grupo. Sintióse cogido, de pronto, por dos manos vigorosas y cálidas y arrastrado a una carrera desenfrenada como en el juego de la gallina ciega. Todas las niñas de la fiesta siguen alborozadas los torpes manotones de la novia vendada, la nieta de don Guillermo Gunther, una muchacha alta, de largo talle y cabecita infantil e ingenua sobre un cuello exagerado. Emilio ve sus brazos rojos que tantean en el vacío. El movimiento es cada vez más rápido. Apenas se da cuenta, en su semiembriaguez, de lo que pasa a su alrededor. Sólo advierte que la carrera ha terminado, porque dos manos nerviosas lo tienen cogido de la chaqueta. Sin soltarlo, la novia se quita la venda. Se ve solo, en medio del salón, rodeado de toda la asistencia. El baile va a comenzar. Resuena nuevamente el tecleo de las flojas cuerdas del piano. Todas las muchachas se lo disputan ahora con un impudor que lo asombra, pero hay en este juego inocente una gran flaqueza sexual. El pretexto del rito acerca y confunde a hombres y mujeres en una gran alegría de vivir que él, desgraciadamente el único, siente con angustia. ¡Ea! ¿Quién va a darse cuenta en este mundo donde no llega la mezquina verdad de la vida chilena que es un hombre casado? Su carácter ligero, como siempre, es un cómodo antídoto contra el remordimiento. Los ojos de Ully tienen seductoras promesas en un rincón del saloncito, bajo un viejo retrato de marco negro

ovalado, tal vez del viejo Gunther, que a estas horas oirá desde su lecho de octogenario la alegría del mundo creado por él. Brillan sus hermosas trenzas de oro, enroscadas al cuello y la ola rosada del pecho sube y baja con mórbida palpitación.

Hacia ella se dirige y al oprimir su cintura en las vueltas del vals, siente que sus alientos se cruzan y se confunden en un soplo de fuego y que hay en el cuerpo elástico de Ully un abandono misterioso que va pesando más y más en el brazo cansado que la sostiene.

Su cabecita parece columpiarse en el vacío, mientras sus trenzas de oro flotan juguetonas movidas por una ráfaga de amor.



VI

Ha amanecido una vez más en el cómodo dormitorio de la vivienda alemana, a orillas del Llanquihue. Su estado de ánimo es muy semejante al del primer día que llegó a la aldea, pero ahora una angustia imprecisa aprieta su corazón sin que se dé exacta cuenta de su origen. Sólo comprende que debe marcharse cuanto antes. Su ligereza de espíritu no es un lenitivo esta vez. Cada día que transcurra será más difícil desenlazar los nudos que la suerte se complace en enredar misteriosamente. Hay momentos en que la conciencia se adormece y la solución está próxima. Se cree con derecho a reconstruir su vida, a pesar del anticuado tradicionalismo legal que no deja un resquicio de salvación para el que se ha equivocado y tiene que sobrellevar una pesada carga de fastidio y de dolor. ¿Quién lo conoce ahí? ¿Cómo pueden llegar a enterarse que es casado? Bastaría confinarse para siempre en aquel sitio y no volver más a Santiago. En la casa de Ully no encontrará resistencia para sus proyectos. Todos le han demostrado su aprecio, pero suponen quizás que tras él hay un ambiente de holgura, de aristocráticas relaciones, por lo que él mismo ha dejado entrever y por el oscuro recuerdo que de los artistas célebres han traído de sus lejanas aldeas germánicas.

—No, no es posible...

Es preciso que renuncie a este bienestar que se le ofrece, que arroje la flor apenas su perfume ha dulcificado la aspereza de su vida. Permanece largo rato con los ojos fijos en el lago, inmovilizado bajo la dorada calma de la luz, sin que el viento arrugue su tersura soñadora y esta serena poesía es de una tristeza infinita, penetrante, torturadora, que llega hasta las lágrimas. Las horas de la tarde y de la noche vienen a su recuerdo con aguda claridad. Ve la gran mesa, llena de flores y de botellas. Siente el sabor de la cazuela de ganso, el agrio aroma del sauerkraut junto a la compota de murtas indígenas que rellenan el pato asado, las carcajadas vigorosas de los padres y tíos que, con sus chalecos desabrochados, vacían sus recuerdos de antaño, la grave discreción de las mujeres. Algunas de largos rostros enflaquecidos, de cavados ojos y de cabellos tirados hacia atrás; otras, de hinchados mofletes rojos, de pechos inverosímiles. Todo este cuadro exótico, esta bulla confusa se agolpa en su memoria y lo hace sonreír.

Luego es la salida al lago de los jóvenes a un estentóreo mandato en alemán de uno de ellos, un atleta rubio que había desvencijado el piano poco antes tocando marchas militares, cuyo compás llevaba ruidosamente con los pies. Algunos faroles chinoscos, colgados entre las ramas de los manzanos, animan, al moverlos la brisa, el metálico verdor de los follajes y del césped mullido.

La noche es fresca. Del lago, sumido en densa sombra, llega un hálito suave, apenas

perceptible. En el cielo negro, la cruz del sur, fantásticamente cercana, parece abrazar toda la tierra austral con sus aspas de oro. Luego es una ronda loca, embriagadora, de hombres y mujeres cogidos de la mano. Nada comprende en este instante. Tiene de todo una noción borrosa, como una ciega carrera a través de un campo desconocido. Sólo recuerda la presión de una mano distraída, como ausente y la de otra más pequeña que se aferra a la suya con pasión. Oye gritos, carcajadas, cabellos rubios que se inflaman al pasar por la claridad temblorosa de los faroles. Una luz que se enciende en el extremo de la casa, donde se dibuja un momento la cabeza enérgica del viejo Gunther, desvelado por el bullicio de la fiesta. Luego el silencio. Emilio se estremece, de pronto. Recuerda detalles posteriores. Está sentado en la yerba húmeda. Desde allí se divisa el lago. Una gran estrella, de oriente límpido y puro, que se asoma tras el cono del Osorno, disuelto en la penumbra de la noche, traza en las aguas negras un largo reguero palpitante. Llega, de vez en cuando, el gemido de las gualas de largo cuello, única voz de la soledad. Junto a él brillan dos ojos en la sombra. Un cuerpo tibio se pega al suyo, algo sedoso le acaricia la mejilla. Lleva allí su mano con precaución infinita y comprende que es una trenza de Ully.

Silenciosa, apasionadamente, besa las rubias guedejas, que tienen algo de la humedad de la yerba y del aire, empapado en el polvo claro de la noche sin luna.

El reflejo de aquella estrella sobre el agua oscura es como una carcajada de plata que hace un raro contraste con el gemido de las gualas, angustiadas por la serena poesía nocturna.

Emilio se siente ahora dueño de sí mismo. Toda aquella deliciosa ensoñación se desvanece. Está nuevamente solo ante la realidad. Se sobresalta al oír unos pasos que suben por la escalera. Querría aprovechar esta hora en que todos están entregados a sus quehaceres para salir precavidamente a la calle e irse a pie por el camino, a la estación del ferrocarril.

¿Será Ully la que se acerca? Teme encontrarse cara a cara con la niña sin saber por qué. Lo teme y lo desea, sin embargo, con toda su alma, y en tal forma lo domina este pensamiento que le parece oír su voz, como todas las mañanas:

—Bitte zum Kafe, Emil?

Se sonríe tristemente:

—¡Qué tonto soy!

Supone que, después de la noche aquélla, así ha de nombrarlo hoy. Su voz no es agria, chillona, como lo había observado hace dos días. No, ahora ha adquirido un tinte melodioso. Su corazón precipita sus latidos a medida que los pasos se acercan, pero no, no es ella. Los pasos son más pesados y siguen de largo. Tal vez Carlos Stolze que va a su habitación, para bajar luego al desayuno. ¡Ah!, entonces no puedo irme, me verán pasar y me convidarán, naturalmente, al comedor. Paséase, presa del desasosiego. Nunca había sentido este predominio tan absoluto de su instinto, esta ola avasalladora de pasión que todo lo arrastra. El remordimiento de la mala acción por cometer, la incertidumbre por lo ya consumado irremediablemente.

Se sorprende hablando en alta voz, con frío cinismo.

—Haciendo clase de pintura, puedo vivir en Osorno y no volver más al norte... pero, como una rueda incansable y fatal, la razón vuelve una vez más al punto de partida... ¿y aquel chico rubio que queda en Santiago, en el desamparo de su inocencia, abandonado en la vida? Podría robármelo y traerlo aquí, pero cómo... No, no es posible... Nunca lo consentirían.

Emilio vuelve a pasearse febrilmente. El pasado, por miserable, por odioso que sea, es imposible borrarlo. Se ha hecho carne de nuestra carne y alma de nuestra alma... No, no queda sino irse y resignarse. Los versos del poeta Vigny, aprendidos en el liceo, se le aparecen como una orden perentoria, como un mandato de la vida:

*Fais énergiquement ta longue et lourde tache
dans la voie où le sort a voulu t'appeler
puis après, comme moi, souffre et meurs sans
parler.*

Se asoma a la ventana. No se ve a nadie en los alrededores de la casa. Por la amplia calle de la aldea, bañada en la pura luz matinal, sólo una chiquitina de cabeza rubia camina lentamente, mordisqueando una manzana. Uno de estos carros del sur, largos y angostos, sube por la pendiente de un camino vecinal. De un almacén, en cuya puerta se ven arados y descremadoras, sale un alemán grueso, fumándose un enorme puro. Tiene el aspecto de un viajante de comercio que acaba de hacer un buen negocio. Es ridículo con su calañés de ala corta y la chaqueta de cuello desbocado que no logra adaptarse a la tiesa rigidez de la espalda. Emilio ha trazado ya su línea de conducta. En la estación comprará frutas para desayunarse. Empieza a colocar los cartones pintados en la caja, pero se detiene. Sus labios sonríen. Le dejará una tela a Ully y esta idea que se le ha ocurrido de pronto, lo llena de un lejano y romántico consuelo. Ella la colocará en su dormitorio y su recuerdo vendrá siempre a su memoria en el porvenir. Escoge un peque-

ño esbozo colorista. A través de un viejo tique, de erizadas ramas, azulea el agua del lago a pleno sol. A lo lejos se esfuman los volcanes, envueltos en bruma violada. Escribe en un ángulo la dedicatoria: «A Ully Stolze», que lo entristece como un epitafio. Lo coloca sobre el velador y sale hacia afuera. Al bajar al hall, con la inquietud vigilante de un ladrón, quisiera, sin embargo, ser sorprendido. Es que su alma se complace en sufrir, en prolongar el engaño risueño hasta la inconsciencia y el deshonor. ¡Dios mío! ¿Por qué considera esta frívola aventura como una cosa decisiva? ¿Es que no hay otras mujeres y nuevas formas de buscar la paz del corazón?

Ya está en la calle. Mira un instante la casita con sus blancas cortinas caídas, con el rojo desteñido de las tejuelas, con su viejo lingue de metálico follaje, semejante a un centenario servidor indígena que hubiera permanecido fiel a la tierra y al conquistador. Mientras la vida cotidiana sigue su curso en la plácida aldea, él se marcha, cargado con su dolor y con su fracaso, hacia la capital lejana, al barrio sórdido de la Cañadilla por donde desfilan viejas sucias y hombres borrachos, de facciones renegridas.

Sube rápidamente el camino que lleva a la estación. Al llegar a la parte más alta se vuelve a mirar, pero sus ojos no se fijan ahora como hace cuatro días en el paisaje del lago, al pie de los volcanes. Sus ojos acarician la casa de Ully que de este recodo del camino se destaca sola en el fondo de la hondonada. Los gansos domésticos que se sacrifican en Navidad y cuyas plumas entibian los cómodos lechos germanos, arrastran sus vientres hinchados de grasa en el húmedo terciopelo del pasto. El chorro del molino destrenza sus guedejas de espuma bulliciosa y tras la casa el horizonte del lago traza una línea recta que separa el suave azulear del cielo con la sabana chispeante de las aguas. En la clara armonía matinal insinúase la nota sorda de los moscardones embriagados con la nieve olorosa de los ulmos floridos.

¡Sería dulce tenerse para siempre en este remanso de paz, junto a la tierra generosa! ¡No es igual, no, la herencia de aislamiento, de miseria, que nos dejaron los conquistadores, a este refugio amable que han legado los primeros colonos a sus descendientes!

Se estremece de pronto, ocultándose rápidamente tras de un árbol. En el patio de la casa, una figurita rubia mueve sus brazos ágilmente entre la ropa blanca que rebosa en una gran batea humeante. ¿Será ella? Pero por más que aguza la mirada no distingue la fisonomía. Puede ser ella, como puede ser una de sus hermanas. De todos modos es inútil. Apartándose del árbol, sin precauciones esta vez, continúa su camino. Las últimas palabras de Vigny, aparecen rojas en su cerebro:

Soffre et meurs sans parler.

Pero su angustia es tal que sus dedos se retuercen desesperadamente. Sin pensarlo, se mueve de nuevo hacia el rincón del patio donde la lejía humea, pero ya no se ve la niña. Seguramente ha ido al interior en busca de algo.

Esta vez sí que es el fin. Se encoge de hombros y sigue su camino. Ha llegado ya a la cumbre de la colina. Algunos pasos más y la aldea y la casa y el lago se ocultarán tras la curva de un altillo. Y en este momento de duda, de angustiosa indecisión, la crueldad del porvenir se clava como un puñal en su corazón. Ha de seguir el camino rudo y pedregoso, en lugar de la senda de luz.

Dans la voie où le sort a voulu t'appeler. . .

En la suave mañana austral parpadean mariposas de torpe vuelo. Los verdes prados brillan como salpicados de claros diamantes y en el oro tostado de los trigales tardíos se mueven las espigas barbudas con suave balanceo.

A cada segundo su paso es más rápido, como si quisiera apagar su dolor en la velocidad de la marcha.

Vuelve a detenerse, de improviso. Ha oído claramente una voz que lo llama desde el fondo del vallecito. Tal vez Carlos Stolze que está en el triguero. Pero no. Una figura blanca y rubia le hace señas, levantando una mano con gesto amistoso para que se detenga y desaparece luego entre los arbustos. Seguramente va a subir al camino. Pasa un largo minuto, en que sólo oye el martilleo de su corazón, pero él está ya decidido. Sabrá cumplir con su deber, a pesar de todo.

Se asoma al borde de la quebrada, pero nada ve; sin embargo, las cabras diseminadas en los ribazos ascienden hasta las partes más altas a grandes saltos elásticos. Graznan los gansos, asombrados del paso de una persona a estas horas por el potrero.

Ully asoma de pronto su cabeza rubia. Dos rosas se pintan en sus mejillas. Es como la aparición de la princesa en un ingenuo cuentecillo germano. La ve con el jubón de terciopelo y las blancas tocas aldeanas. Como gruesas serpientes de oro adormecidas, cuelgan las trenzas sobre el negro corpiño, pero la realidad es muy otra. Su pecho sube y baja, hinchado por la agitada respiración. Sus botitas están sucias con el barro de la pradera. En vano Emilio busca en sus ojos la explicación de lo que ha pasado. ¿Por qué ha corrido en esa forma tan impulsiva a su encuentro? ¿Acaso una intuición oscura le ha dado a comprender que se va para siempre? ¿Es posible que en su almita ingenua haya prendido el amor hasta ese punto?

Emilio siente su cabeza vacía, bamboleante. Un pesado sopor quema sus ojos. Su corazón palpita angustiado.

Pero ella ya se ha repuesto. Sus dientecillos de nieve blanquean en la rosa de sus labios:

—¡Qué carrera! Pero si he corrido como una loca. . . para decirle que por ahí no hay más que campo... no hay paisaje. . .

Pasa bruscamente a otra pregunta, como para ocultar su embarazo:

—¡Y salió sin tomar desayuno. . .! Allá lo está esperando Carlos. . .

Emilio la observa con grave ternura. La pobrecilla trata de disimular lo que pasa en su interior y no lo consigue. Su verdadero pensamiento se trasluce en el tono apagado de la voz, en la desordenada nerviosidad de su gesticulación.

Emilio contesta con indiferencia fingida:

—Tenía deseos de cambiar el asunto. . . Ya hay mucho azul en la tela. . . Buscaba un árbol. . . Así como ése. . . ¿Cómo se llama?

—Palo muerto. . .—responde la niña tranquilizada—, ¿parece que estuviera seco, no...? Pero no . . . no está seco . . .

Y los dos miran profundamente interesados en apariencia, esa red de muñones donde se enredan colgantes parásitas, dibujadas en la quieta transparencia.

Luego guardan silencio. Está adorable la chiquilla con su amplio delantal de trabajo que oculta la gracia de sus formas. El agua caliente de la colada ha enrojecido sus brazos. Sus cabellos, sujetos en un rodete sobre la nuca, aureolan el óvalo sonrosado de su cara. Una turbación naciente, la reacción de la coquetería, después del impulso sincero, aparece en el semblante y en sus movimientos, pero, súbitamente avergonzada de sus brazos desnudos y rojos, los oculta en la espalda. Un gesto de simpatía pudorosa inmoviliza su silueta esbelta y rubia.

—Bueno, entonces, ¿no va a tomar café?

—Sí, voy en seguida, Ully.

Avanza de lado, tal vez para ocultar los brazos, y tropieza en una piedra. Emilio hace el

ademán de ir a sostenerla, pero ella lo detiene:

—No, no importa. Si estoy acostumbrada a bajar... ¿No ve?

Y se vuelve risueña, pero la sonrisa se apaga en sus labios movibles, como el escalofrío del agua cuando el viento ha pasado. Algo doloroso, irremediable, ha visto en los ojos del joven. Emilio se acerca a ella. Su voz tiembla. Los ojos de Ully se humedecen de lágrimas.

—Ully, perdóneme Ud.

Quisiera decirlo todo de un golpe, pero su garganta está afónica. Las palabras se hielan en su boca. Balbucea, por último:

—Perdóneme Ud. No debí hacerlo... pero me gustaba Ud. tanto. Ahora es mi deber... Ully, yo soy casado.

Y siente, después de decirlo, un consuelo egoísta. Considera su dolor como el único digno de lástima, sin tomar en cuenta para nada el de ella. En los ojos grises de Ully se pinta un asombro torpe. Sus brazos cuelgan a plomo, con muerta resignación, sin temor, ahora, de mostrarlos a plena luz.

Emilio quisiera consolarla, pero lo invade un bochorno inexplicable y doloroso. En el fondo, es el culpable. Sin despedirse, sin mirarla, avanza por la carretera adelante, flojas las piernas y los ojos sin luz. Siente en las sienes un ruido sordo e inacabable, como si acabara de recibir un golpe en el cráneo. La angustia ha hecho presa de su corazón.

La trágica desolación de la pequeña Ully, al borde de un camino rojo de un campo del sur, imagen quizá de la felicidad arrojada imprudentemente al arroyo, no se borrará ya nunca de su recuerdo.

Delante de él arrastra sus ásperas ojotas un indio viejo, al hombro su hatillo de ropa. Lo sigue una mujer con un chiquillo raquíptico que a cada instante se queda en el camino, como si sus débiles pernezuelas se resistieran a obedecerle.



Mariano Latorre: Uly

Colección de Libros Electrónicos - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Chile

©Programa de Comunicación e Informática

Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile

Mayo 1998